

abrió en el hermoso palacio que aun hoy lleva su nombre una casa de comercio, que fué muy pronto una de las mas considerables y mas consideradas de la Italia; tanto que los Pazzi, superiores ya á los Médicis como caballeros, fueron todavía sus rivales como mercaderes. Resultó de esta posicion reconquistada, que cinco años despues Andrés de Pazzi, gefe de la casa, tomó asiento en medio de la señoría, de la que se hallaban escluidos sus antepasados hacia siglo y medio.

Andrés tuvo tres hijos: uno de estos casó con la nieta del anciano Cosme, y fué cuñado de Lorenzo y de Julian. Mientras vivió el prudente anciano habia mantenido la igualdad entre sus hijos, tratando á su yerno como á tal; porque viendo la prontitud con que la familia de los Pazzi se habia hecho rica y poderosa, habia querido hacer de ella no solo una aliada sino una amiga. En efecto, la familia se habia aumentado en hombres como en riquezas, porque los dos hermanos que se habian casado habian tenido el uno cinco hijos y el otro tres. Hallábanse las cosas en este estado, cuando contrario á la política de su padre, Lorenzo de Médicis pensó que era interés suyo oponerse á mas acrecentamiento de riquezas y de poder. Se le presentó pronto una ocasion de seguir esta nueva política. Habiéndose casado Juan de Pazzi con una de las mas ricas herederas de Florencia, hija de Juan Borromeo, Lorenzo, á la muerte de este, hizo hacer una ley por la que los sobrinos varones eran preferidos á las hijas; y esta ley, no solo contra toda la costumbre, sino contra toda justicia, se aplicó retroactivamente á la muger de Juan de Pazzi. Perdió, pues, la herencia de su padre, que pasó de esta manera á primos lejanos.

No fué esta la única esclusion con que Lorenzo de Médicis, para abatir su poder, hizo victima á los Pazzi. Habia en la familia nueve hombres teniendo la edad y las cualidades requeridas para ejercer la magistratura, y sin embargo, á escepcion de Jacobo, el de los hijos de Andrés que no se habia nunca casado y que habia sido gonfaloniero en 1469, es decir, en tiempo de Pedro el Gotoso, y de Juan, cuñado de Lorenzo y de Julian, que habia en 1472 tomado asiento entre los priores, todos los demas habian sido alejados de la señoría.

Semejante abuso de poder por parte de hombres que la república no habia de ninguna manera reconocido por señor, hirió de tal modo á Francisco de Pazzi, que se espatrió voluntariamente, y se fué á Roma á ponerse al frente de una de sus principales casas de comercio. Allí fué banquero del papa Sixto IV y Gerónimo Riario, que unos llamaban su sobrino y otros su hijo. Sixto IV y Gerónimo Riario, eran los dos enemigos mas grandes que los Médicis tenian en toda la Italia. El resultado de estos tres odios reunidos fué una conjura-

cion del género de la que dos años antes, es decir, en 1476, habia hecho sucumbir á Galeas Sforza en la catedral de Milan.

Decididos una vez á valerse del hierro, Francisco Pazzi y Gerónimo Riario se pusieron á buscar cómplices para su empresa. Uno de los primeros fué Francisco Salviati, arzobispo de Pisa, al que por enemistad de su familia los Médicis no habian dejado tomar posesion de su arzobispado. se unió tambien á ellos Carlos de Montom, hijo del famoso condottiero Braecio, que estaba á punto de apoderarse de Siena cuando se lo impidieron los Médicis; Juan Bautista de Montesecco, gefe de los esbirros del papa; el anciano Jacobo Pazzi, el mismo que en otro tiempo habia sido gonfaloniero; otros dos Salviati, el uno primo y hermano el otro del arzobispo; Napoleon Francesi y Bernardo Bandini, amigos y compañeros de diversiones de los jóvenes Pazzi; por último, Esteban Bagnoni, sacerdote y maestro de lengua latina, profesor de un hijo natural de Jacobo Pazzi; y en fin, Antonio Maffei, sacerdote de Volterra, y escribano apostólico. Un solo Pazzi, René, sobrino de Jacobo é hijo de Pedro, rehusó obstinadamente entrar en el complot y se retiró al campo, á fin de que ni aun pudiesen acusarle de complicidad.

Todo se hallaba arreglado y la única dificultad que se presentaba para el éxito de la conjuracion era reunir aislados á sus amigos, y en un sitio público á Lorenzo y á Julian. El papa se lisongó proporcionar esta ocasion nombrando cardenal á Rafael Riario, sobrino del conde Gerónimo, el cual era de diez y ocho años apenas, y estaba estudiando en Pisa.

En efecto, semejante nombramiento debia ser motivo de extraordinarias funciones, en atención á que enemigos en el fondo del corazón de Sixto IV, los Médicis guardaban ostensiblemente con él todas las apariencias de una buena y respetuosa amistad. Invitó, pues, Jacobo de Pazzi al nuevo cardenal á ir á comer á su casa de Florencia, y puso en la lista de los convidados á Lorenzo y á Julian. Debía verificarse el asesinato al fin de la comida, y á una señal de Jacobo; pero vino solo Lorenzo; Julian se hallaba detenido por una intriga amorosa y encargó á su hermano que le disculpase. Fué preciso pues, diferir á otro día la ejecucion de su designio.

Pronto se creyó que habia llegado este día; porque no queriendo Lorenzo aparecer vencido en magnificencia por Jacobo, invitó á su vez al cardenal á que fuese á Fiesoli, y con él á todos los que habian asistido á la comida dada por Jacobo. Pero esta vez tambien faltó Julian; tenia una pierna mala; fué preciso diferir todavía la ejecucion de la conspiracion para otro día.

Por último se fijó este día en el 26 de abril de 1478, segun Maquiavelo. Durante la mañana de aquel día, que era festivo, el cardenal

Riario debía oír la misa en el Domo de Santa Maria de las Flores, y como habia hecho prevenir á Lorenzo y Julian de aquella solemnidad, era probable que estos no podrian evitar el asistir. Se previno á todos los conjurados de estas disposiciones, y á cada uno de los asesinos el papel que debía representar en aquel sangriento drama. Francisco Pazzi y Bernardo Bandini eran los mas encarnizados contra los Médicis, y como eran al mismo tiempo los mas fuertes y los mas diestros, reclamaron para ellos á Julian, en atención á que corría el rumor de que tímido de corazón y débil de cuerpo Julian llevaba habitualmente una coraza debajo del vestido, lo que hacia difícil, y por consecuencia mas peligroso un asesinato en él que en cualquiera otro.

Por otra parte, el gefe de los esbirros pontificales, Juan Bautista de Montesecco, habia recibido, y aceptado ya la comision de matar á Lorenzo en las dos comidas á las que habia asistido y en las que le habia salvado la ausencia de su hermano. Se sabia que era un hombre de resolucion y que mostraba la misma buena voluntad que los demas; pero con gran asombro de todos, cuando supo que el asesinato debía cometerse en una iglesia rehusó diciendo que estaba dispuesto á una muerte, pero no á un sacrilegio, y que por todo el mundo no le cometeria si antes no le presentaban un breve de absolucion firmado por el papa. Desgraciadamente se habia descuidado de proveerse de este importante documento que Sixto IV no era seguramente hombre de negar: no se habia tenido tiempo de hacerle venir, de modo que por mas instancias que se hizo á Montesecco no se pudo vencer sus escrúpulos. Entonces se encomendó la empresa de herir á Lorenzo á Antonio de Volterra y Esteban Bagnoni, que en su *calidad de sacerdotes*, dice Antonio Galli, uno de los diez ó doce historiadores de este suceso, *tenian menos respeto á los lugares sagrados*. El momento en que se debía dar el golpe era aquel en que el celebrante alzase la hostia.

Pero no bastaba herir á los dos hermanos: era preciso apoderarse de la Señoría, y forzar á los magistrados á que aprobasen la muerte inmediatamente que fuese ejecutada. De este cuidado se encargó el arzobispo Salviati: se fué al palacio con Santiago Baccioli y unos treinta de los conjurados inferiores dejando veinte á la primera entrada, donde mezclados con el pueblo que iba y venia, debian quedar allí desapercibidos hasta el momento en que á una señal dada se apoderasen de la entrada; despues, conociendo bien todos los corredores del palacio, condujo otros diez á la cancelleria, recomendándoles que cerrasen la puerta y no saliesen sino cuando oyesen ó el ruido de las armas ó un grito convenido. Despues, volvió á encontrar la primera tropa reservándose al llegar el momento arrestar el mismo al gonfaloniero César Petrucci.

Entretanto habia comenzado ya el officio divino, y esta vez como las otras, parecia á punto de escaparse la venganza á los conjurados, porque Lorenzo habia ido solo. Entonces Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini se decidieron ir á buscar á Julian, puesto que este no iba.

Fueron, pues, á su casa y le encontraron con su querida. Alegó el padecimiento que le causaba su pierna: pero los dos conjurados le dijeron que era imposible que dejase de asistir á la misa, asegurándole que su negativa seria mirada como una ofensa al cardenal. Julian, á pesar de las miradas suplicantes de la muger que se encontraba en su casa, se decidió, pues, á seguir á los dos jóvenes, pero cogido de improviso, sea confianza, sea que no quisiese hacerlos aguardar, no se puso su coraza, contentándose con ceñirse una especie de cuchillo de caza que tenia costumbre de llevar. Todavía al dar algunos pasos, como la punta de la vaina de su cuchillo le daba sobre su pierna mala, se lo entregó á uno de sus criados para que lo volvieran á su casa. Francisco de Pazzi le echó entonces los brazos por la espalda riéndose, como se hace á veces entre amigos; vió que Julian no llevaba coraza. Así el pobre joven se entregaba á sus asesinos sin armas ofensivas ni defensivas. Entraron los tres jóvenes en la iglesia por la puerta de la calle *Dei-servi* en el momento en que el sacerdote decia el Evangelio. Fué Julian á arrodillarse cerca de su hermano; Antonio de Volterra y Esteban Bagnoni se hallaban ya en sus puestos; Francisco Pazzi y Bernardo Bandini se pusieron en el suyo. Una ojeada cambiada entre los asesinos les indicó que estaban listos.

Continuó la misa. La multitud que llenaba la iglesia era un pretesto á los asesinos para acercarse mas á Lorenzo y á Julian. Ademas, estos sin desconfianza se creian con tanta seguridad, al menos, al pie del altar, como si estuviesen en su casa de campo de la Reggi.

El sacerdote levantó la hostia.

Al mismo tiempo se oyó un grito terrible: Julian, herido de una puñalada en el pecho por Bernardo Bandini, se levantó con el dolor y fué á caer todo ensangrentado á algunos pasos en medio de la espantada muchedumbre perseguido por sus dos asesinos, de los que el uno, Francisco Pazzi, se ensañó sobre él con tal furor, y le dió tan repetidos golpes que él mismo se hirió y se clavó su propio puñal en un muslo. Pero este accidente que al pronto sin duda no creyó tan grave como era, no hizo mas que avivar su cólera, y todavía daba golpes despues que hacia tiempo que Julian no era mas que un cadáver.

Lorenzo habia sido mas feliz que su hermano. En el momento de la elevacion de la hostia, sintiendo que apoyaban una mano sobre su espalda, habia vuelto la cabeza y visto brillar una hoja de puñal en manos de Anto-

nio Volterra. Por un movimiento instintivo se había arrojado entonces á un lado, de modo que el hierro que debía atravesarle la garganta no hizo más que hacerle un rasguño en el cuello. Levantóse inmediatamente, y con un solo movimiento sacó su espada con la mano derecha, y envolviendo su brazo izquierdo con la capa se puso en defensa llamando en su auxilio á sus dos escuderos. A la voz de su amo Andrés y Lorenzo Cavalcanti acudieron espada en mano, y los dos sacerdotes viendo que el negocio iba serio y que ya no se trataba de un asesinato, sino de combatir, arrojaron sus armas y echaron á huir. Al ruido que hacia Lorenzo defendiéndose, Bernardo Bandini que estaba ocupado con Julian, levantó la cabeza y vió que la segunda víctima iba á escaparse; dejó el muerto por el vivo, y se lanzó en el altar. Pero encontró en su camino á Francisco Nori que le cerraba el paso. Hubo una corta lucha y Francisco Nori cayó herido de muerte; pero por pronto que hubo quitado aquel obstáculo había bastado el tiempo, como hemos visto, á Lorenzo para desembarazarse de sus dos enemigos. Bernardo se encontró, pues, solo contra tres. Llamó á Francisco, acudió éste; pero á los primeros pasos que dió conoció en su debilidad que iba más gravemente herido de lo que él creía; y llegando al coro, próximo á caer, se apoyó contra la barandilla. Policiano que acompañaba á Lorenzo aprovechó aquel momento para hacerle entrar con algunos amigos que se habían reunido al rededor suyo, en la sacristía, y mientras que los dos Cavalcanti, ayudados por los diáconos, que daban porrazos con sus cruces de plata como con mazas, tenían separados á Bernardo Bandini y á tres ó cuatro conjurados que habían acudido á su llamamiento. Pasaron las puertas de bronce y las cerró detrás de Lorenzo y de él. Inmediatamente Antonio Ridolfi, uno de los jóvenes más decididos por Lorenzo, chupaba la herida que había recibido este en el cuello de miedo de que el puñal del sacerdote no estuviese envenenado, lo que le ponía en el mayor aprieto. Un instante todavía trató de derribar las puertas Bernardo Bandini: pero viendo que eran vanos é inútiles sus esfuerzos comprendió que todo se hallaba perdido, y cogió á Francisco Pazzi por debajo del brazo y se lo llevó tan rápidamente como este podía andar.

Había habido en la iglesia un momento de tumulto fácil de comprender; el celebrante había huido cubriendo con su estola á Dios, á quien hacían testigo y casi cómplice de semejante crimen.

Todos los asistentes habían salido precipitadamente á la plaza del Domo por las diferentes puertas de la catedral; cada cual había huido por donde había podido, á escepcion de ocho ó diez partidarios de Lorenzo que se habían reunido en un rincón, y que con espada en mano corriendo inmediatamente á la puerta

de la sacristía llamaban á voces á Lorenzo diciendo que respondían de él, y que si quería salir se comprometían con su cabeza á llevarle sano y salvo á su casa.

Pero Lorenzo no tenía prisa de salir á estas invitaciones; temía que fuese una astucia de sus enemigos para volverle á hacer caer en la red de que se había escapado. Entonces Sismondi della Stufa subió por la escalerilla del órgano hasta una ventana desde la cual echando una mirada á la iglesia vió el Domo vacío, á escepcion de un grupo de amigos que aguardaban á Lorenzo á la puerta de la sacristía, y el cuerpo de Julian sobre el que se hallaba una hermosa muger tan pálida y tan inmóvil, que á no ser por los sollozos que la hubiera podido tomar por un segundo cadáver.

Sismondi della Stufa bajó y dijo á Lorenzo lo que había visto; entonces este recobró ánimo y salió. Sus amigos le rodearon inmediatamente y cual lo habían prometido le llevaron sano y salvo á su palacio de la Via Larga.

Sin embargo, en el momento de alzar á Dios, las campanas se habían tocado como fle costumbre; era esta la señal esperada por los que estaban encargados del palacio. En consecuencia, á la primera campanada el arzobispo Salviati entró en la sala donde se hallaba el gonfaloniero, dando por pretexto que tenía que comunicarle una cosa de parte del papa.

Este gonfaloniero, como hemos dicho, era César Petrucci, el mismo que ocho años antes, siendo podestá de Piatto, había sido envuelto en una conspiración semejante por Andrés Nardi. Aquella primera catástrofe, de la que había estado á punto de ser víctima, había dejado en el magistrado tan profundas huellas, que desde aquel tiempo vivía sin cesar prevenido. Así, aunque ninguna noticia de la conjuración había tenido todavía, y aunque ningún rumor hubiese llegado hasta él, apenas vió á Salviati que se dirigía á él con visible emoción, en lugar de aguardarle se lanzó hácia la puerta donde encontró á Santiago Baccioli, que quería impedirle el paso; pero César Petrucci tenía además de su prudencia mucho ánimo y fuerza. Cogió á Santiago Baccioli por los cabellos, lo derribó en el suelo y poniéndole la rodilla en el pecho llamó á sus soldados que acudieron. Cinco ó seis conjurados que acompañaban á Baccioli quisieron socorrerle; pero los soldados eran más; tres de los conjurados fueron muertos; dos arrojados por la ventana á la calle y uno solo se salvó gritando socorro.

Entonces los que estaban en la cancellería comprendieron que había llegado el momento y quisieron correr en socorro de sus camaradas, pero la puerta que habían cerrado tenía un secreto que una vez cerrada era imposible volverla á abrir. Encontráronse, pues, prisioneros, y por consecuencia en la imposibilidad de socorrer al arzobispo. Durante este

tiempo César Petrucci había corrido á la sala donde celebraban sus audiencias los priores, y sin saber precisamente de lo que se trataba había dado la alarma. Los priores inmediatamente se habían unido á él: César los animó. Se resolvió defenderse; cada cual se armó con lo que pudo. El valiente gonfaloniero atravesando por la cocina cogió un asador y habiendo hecho entrar á la Señoría en la torre se colocó á la puerta, que defendió tan bien que nadie penetró en ella.

Entretanto el arzobispo, gracias á su hábil diplomacia, había atravesado la sala donde cerea de los cadáveres de sus camaradas, Baccioli se hallaba prisionero, y con un gesto había hecho comprender á sus cómplices que iban á venir en su socorro. En efecto, apenas se habían reunido á la puerta de la calle, cuando el resto de los conjurados se unió á él: pero en el momento en que iba á volver á subir, vieron desembocar por la calle que conduce al Domo un tropel de partidarios de los Médicis que se aproximaban dando el grito ordinario de aquella casa, *palle, palle*. Salviati comprendió que ya no se trataba de ir á socorrer á Baccioli, sino de defenderse él mismo.

En efecto, había cambiado de faz la fortuna, y el peligro estaba en los que lo habían suscitado. Los dos sacerdotes habían sido perseguidos y hechos pedazos por los Médicis. Bernardo Bandini, después de haber visto á Policiano perecer á las puertas de bronce de la sacristía, había, como hemos dicho, llevado á Francisco Pazzi fuera de la iglesia; pero llegado ante el palacio se había sentido tan débil que no había podido ir más lejos, y mientras Bernardo escapaba, se había arrojado en su cama y aguardaba los sucesos con tanta resignación como valor había mostrado. Entonces Jacobo, á pesar de su mucha edad, había intentado reemplazar á su sobrino: había montado á caballo, y á la cabeza de un centenar de hombres que había reclutado de su casa, recorría las calles de la ciudad gritando: libertad, libertad. Pero este era un grito que ya no comprendía Florencia. Una parte de los ciudadanos, que ignoraba todavía lo que había pasado, salía á sus puertas y los miraba en silencio y con asombro. Los que sabían el crimen murmuraban sordamente, y amenazándole con el gesto, buscaban un arma para unir el efecto á la amenaza. Jacobo vió lo que los conjurados ven siempre demasiado tarde, y es que los señores no vienen sino cuando los pueblos quieren ser esclavos. Comprendió entonces que no había un minuto que perder para ponerse en libertad: volvió caras con su tropa, ganó las puertas de la ciudad, y tomó el camino de la Romaña.

Lorenzo se retiró á su casa, y bajo el pretexto de llorar á su hermano, dejó obrar á sus amigos.

Lorenzo tenía razón: se hubiera despopu-

larizado por todo el resto de su vida si se hubiese vengado como le vengaron.

El joven cardenal Riario, que ignoraba, no el complot, pero la manera con que debía ejecutarse, se había colocado inmediatamente bajo la guardia de los sacerdotes, que le llevaron á una sacristía inmediata á aquella en que se había refugiado Lorenzo. El arzobispo, su hermano, su primo y Santiago Baccioli, arrestados por César Petrucci, fueron ahorcados, los unos en la Vinghiera, los otros en los muros de la iglesia. Francisco Pazzi, hallado en su cama desangrado, fué arrastrado al Palacio Viejo en medio de las maldiciones y de los golpes del populacho, que miraba encogiéndose de hombros y con la sonrisa del desprecio en los labios, y ahorcado en la misma ventana de Salviati, sin que las amenazas, los golpes, ni el suplicio, le hubieran podido arrancar una sola queja. A Juan Bautista de Montesecco, que había rehusado herir á Lorenzo en una iglesia, y que probablemente le había salvado la vida abandonándole á los puñales de los dos sacerdotes, le cortaron la cabeza. René de Pazzi, que se había retirado al convento para no ser confundido con los conjurados, no pudo por esta precaución evitar su suerte, y fué cogido y ahorcado como sus parientes. El veneciano Sacoli de Pazzi, que se había salido con el tropel, había sido arrestado por los montañeses de los Apeninos, y á pesar de una cantidad bastante fuerte que les ofreció, no para que le dejasen libre, sino para que le matasen, fué llevado vivo á Florencia, y ahorcado de la misma ventana que René. En fin, á los dos años de esta catástrofe, se vió una mañana un cadáver colgado en las ventanas del Dargallo; era el de Bernardo Bandini, que se había refugiado en Constantinopla, y que el sultán Mahomet II había enviado prisionero á Lorenzo, á fin de conservar la paz con la república.

El coro, que encierra el espacio donde se representó este terrible drama, fué ejecutado despues por orden de Cosme I. Está adornado de ochenta y ocho figuras en bajos relieves de Baccio Bandinelli y de su discípulo Juan de l'Opera. El altar grande es del mismo maestro, á escepcion del crucifijo de madera, que es de Benito de Majano, y de un grupo de mármol representando á José de Arimatea sosteniendo á Cristo, que es el único pedazo de mármol á que tocó el cincel de Miguel Angel. Miguel Angel lo destinaba al sepulcro que había prepararse en Santa Maria la Mayor, pero los canónigos del Domo tuvieron, si puede decirse así, la sacrilega piedad de separar aquel trozo de mármol sin concluir, de su fúnebre destino, y se apoderaron de él para su catedral.

Sobre el coro se eleva á una altura de doscientos ochenta y cinco pies la famosa cúpula de Brunelleschi: permaneció desnuda y sin adorno, bella con su belleza, grande con su

sola grandeza, hasta 1572, época en que Vasari obtuvo de Cosme I la autorización de cubrirla de pintura. El día aniversario del nacimiento del gran duque, subió sobre su tablado y dió la primera pincelada en aquella inmensa obra, que quedó sin concluir al morir: la obra fué concluida por Federico Zucchoni.

Dos glorias artísticas hacen pareja con dos glorias militares: de Juan Hawkwood y de Pedro Farnesio, con los sepulcros de Brunelleschi y del Giotto. El epitafio del primero es de Mazzupini, y el del segundo de Policiano. El mejor de los dos, es mas mezquino en comparacion de una estatua del uno ó de un cuadro del otro.

Al salir de Santa María de las Flores por la puerta de enmedio, se encuentra justamente uno en frente de otra puerta. Es la del bautisterio de San Juan: es la famosa puerta de bronce de Ghiberti. Miguel Angel tenia siempre miedo de que Dios robase aquella obra maestra de Florencia para hacer con ella la puerta del cielo.

El bautisterio de San Juan Bautista, iglesia primitiva de la ciudad de que tan frecuentemente habla el Dante y con tanto amor, es una construccion del siglo VI, y que se remonta nada menos que á aquella hermosa reina Teodolinda, que mandaba entonces en aquella rica comarca que se extendia desde el pie de los Alpes al ducado de Roma. Era el tiempo en que las ruinas esparcidas por el mundo que acababa de concluir, ofrecia espléndidos materiales al mundo que comenzaba. Los arquitectos lombardos tomaron á manos llenas columnas, capiteles, bajos relieves, y hasta una piedra llevando una inscripcion romana en honor de Aurelio Vero, y con ellas hicieron un templo que consagraron al bautismo de Jesucristo.

El bautisterio permaneci6 asi rudo y áspero, y en toda su bárbara desnudez, hasta el siglo XI: era esta la grande época de los mosaicistas. Salidos de Constantinopla, recorrieron el mundo aplicando sus largas y flacas figuras de Cristo, de la Virgen y de los santos sobre fondo de oro. Apolonio fué llamado á Florencia y le encargaron la bóveda. Las pinturas comenzadas por él, fueron concluidas por Andrés Zafi, su discípulo, y acabadas por Santiago de Turríta, Tadeo Gadi, Alejo Ballovineti y Domingo Guirlandajo.

Pronto se vió el interior tan bello y tan resplandeciente, que se pensó en el exterior, y se encargó á Arnolfo di Lapa vestirlo de mármol. Las mejoras habian dado su fruto: las ofrendas eran dignas del templo. Se pensó que se necesitaban puertas de bronce para encerrar tantas riquezas, y en 1330 se encargó á Andrés de Pisa ejecutar la del Mediodía que mira al Bigallo. La otra fué terminada en 1339, y produjeron tal sensacion, que la señoría de Florencia salió solemnemente de su palacio para ir á visitarla acompañada de los embaja-

dores de Nápoles y de Sicilia. El artista, que era de Pisa, como lo indica su nombre, recibió ademas el honor de la cittyadinanza.

Quedaban dos puertas por ejecutar: el maravilloso trabajo del primer obrero, hacia difícil la eleccion del segundo: se resolvió, pues, sacarla á oposicion. Cada opositor adoptado por la comision, debia recibir de la magnífica república una suma suficiente para vivir un año, y al cabo de este año presentar el boceto. Brunelleschi, Donatello, Lorenzo de Partolucio, Scopodella, Quercio de Siena, Nicolás de Arezzo, su discípulo, Francisco de Bandanbrine, Simon de Cona, llamado Simon de los bronce, por su habilidad en modelar, se presentaron y fueron sin dificultad recibidos.

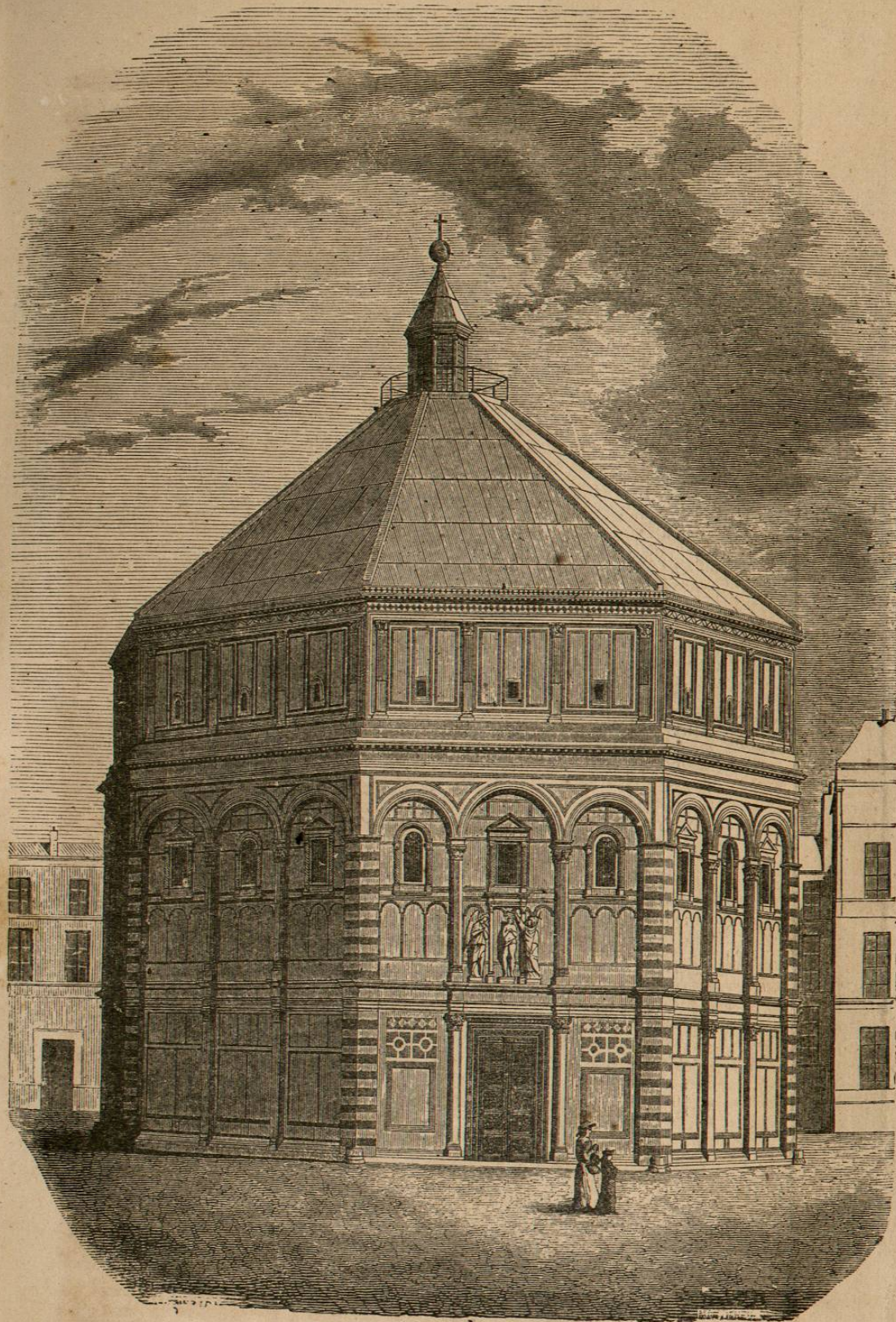
Habia entonces en Rimini un jóven que andaba viajando por Italia: iba de Venecia á Roma, pero fué detenido en el tránsito por el señor de Malatesta. Era este uno de esos tiranos artistas de la edad media que tan á pechos tomaba el arte: arrestado el jóven, le obligaron á hacer á la fuerza muchos frescos. En el intervalo de su trabajo, el jóven, que era ademas platero y escultor, se entretenia para distraerse en modelar figuritas de barro y de cera, y que despues Malatesta daba á sus lindos hijos, que debian un día ser tan tiranos como él.

Halló una mañana á su comensal muy preocupado: le preguntó Malatesta qué era lo que tenia. El jóven le respondió que acababa de recibir una carta de su suegro que le anunciaba que la puerta principal del bautisterio de Florencia se habia sacado á oposicion, y que le invitaba á concurrir á aquel honor tan grande, de que en el fondo de su corazón se creia indigno. Malatesta animó al jóven á que marchase á Florencia: despues comprendiendo que el pobre artista tenia falta de dinero, le dió una bolsa llena de oro para ayudarle á los gastos de su viage. Como se ve, el execrable tirano Malatesta era un excelente hombre.

Púsose el jóven en camino para Florencia, lleno de esperanzas y de temores á la vez. Palpitábale fuertemente el corazón cuando á lo lejos vió las torres de los campanarios de su ciudad natal: en fin, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y antes de ver ni á su muger ni á su padre, fué á llamar á la puerta de aquel famoso consejo de que iba á depender toda su vida.

Preguntáronle los jueces su nombre y qué era lo que habia hecho. El jóven respondió que se llamaba Lorenzo Ghiberti: la segunda pregunta era mas difícil de responder porque no habia hecho nada todavía, mas que las lindas figuritas de cera y barro con que jugaban los hermosos hijos del tirano Malatesta.

Así el pobre Ghiberti tuvo gran trabajo para desarmar la prevencion de los jueces, que le indicaban volverse á Rimini, cuando á petición de Brunelleschi, amigo de su suegro, y



El Baptisterio, en Florencia, pág. 82.

de Donatello, amigo suyo, fué admitido, mas como estímulo que á título de séria oposicion. No importa, habia sido recibido y esto era cuanto necesitaba: recibió su suma, y se puso á trabajar.

Pasóse el año trabajando todos á cual mas: despues, en el dia señalado, cada uno presentó su boceto. Habia treinta y cuatro jueces, todos pintores, escultores ó plateros de primer órden.

Desde luego se dividió el parecer entre tres de los coopositores; estos tres eran Brunelleschi, Lorenzo de Bartolucio y Donatello. Habian encontrado muy hermoso el boceto de Ghiberti: pero tan jóven, ó fuese temor de herir á los maestros que habian concurrido á la oposicion con él, ó por cualquiera otra razon, no se habian atrevido á adjudicarle el premio. Pero entonces sucedió una cosa maravillosa; y es que Brunelleschi, Bartolucio y Donatello, retirándose á un rincón para deliberar, volvieron despues de un instante de conversacion, y dijeron á los cónsules que les parecia que se habia hecho una injusticia dándoles el premio, que creian en su alma y conciencia que lo habia ganado verdaderamente Lorenzo Ghiberti.

Concibese que semejante paso puso muy fácilmente de acuerdo á los jueces; y una vez por casualidad se concedió el premio al que lo habia merecido; verdad es que la oposicion, fiel á la mision original de toda oposicion, habia dado en un principio el premio al que no lo merecia.

Cuarenta años duró la obra, dice Vasari, es decir, un año menos que lo que habia vivido Masaccio, un año mas que lo que debia vivir Rafael. Lorenzo, que la habia comenzado lleno de salud y de vida, la acabó viejo y encorbado. Su retrato es el de ese anciano calvo que cuando está cerrada la puerta se halla en el adorno del medio: ¡toda una vida de artista se ha fundido alli con el sudor que ha caido gota á gota sobre aquel bronce!....

En cuanto á la otra puerta que fué dada á Ghiberti en recompensa de la primera, no fué para él mas que un juego, porque no tuvo mas que imitar á Andrés de Pisa, que hasta entonces habia sido mirado como inimitable.

Al salir del bautisterio por aquella puerta de en medio en donde están colgadas las cadenas del puerto de Pisa.—desgraciadas cadenas que se han dividido alternativamente los genoveses y los florentinos,—se descubre en todo su magestuoso atrevimiento el campanillo de Giotto. Aquel maravilloso monumento, sólido como una torre, esbelto como un encaje, era tan ligero, tan hermoso, tan brillante, que Policiano lo ha cantado en versos latinos, y Carlos V decia que debian colocarlo debajo de un fanal para no enseñarlo sino los dias de gran fiesta, y de que todavia se dice hoy en Florencia: «hermoso como el campanillo,»

para alabar cualquier cosa tan espléndida que no tiene término de comparacion.

Giotto habia abierto nichos que fueron llenados por Donatello. Seis estatuas son de este maestro: una de ellas representa el hermano Parduccio Charichini, mas conocido bajo el nombre dello Zuccone, á causa de su calva; obra maestra de natural y de modelo. Esta obra es la perfeccion griega reunida al sentimiento cristiano: asi cuentan que cuando Donatello acompañó su querida estatua desde su taller al campanillo, confiando en su genio y creyendo que el Dios de los cristianos le daría el mismo milagro que Júpiter habia hecho con Pigmalion, no cesó por todo el camino de repetir á media voz:

—¡Favella! ¡favella! Habla, habla, pues.

La estatua permaneció muda, pero la admiracion de los siglos y la voz de la posteridad han hablado por ella.

EL PALACIO RICCARDI.

Ibamos á dejar aquel magnífico palacio del Domo para hacernos llevar al del gran duque, cuando echando una mirada á la via Martelli, divisamos al estremo de aquella calle el ángulo de un palacio tan hermoso, que nos separamos un momento de nuestro plan cronológico para acercarnos mas á aquel edificio. A medida que adelantábamos le veiamos desarrollarse á la vista en toda su elegancia y en toda su magestad. Era el magnífico palacio Riccardi, que hace esquina con la via Larga y con la via dei Calderei.

El palacio Riccardi fué edificado por Cosme el Antiguo, aquel á quien la patria comenzó por arrojarle de sí dos veces, y concluyó al fin por llamarle su padre.

Cosme vino en una de esas felices épocas en que todo en una nacion tiende á desarrollarse, y en las que el hombre de genio encuentra toda la facilidad para ser grande. En efecto, la era brillante de la república vino con él. Las artes florecian por todas partes. Brunelleschi edificaba sus iglesias, Donatello cincelaba sus estatuas, Orcagna cortaba sus pórticos, Masaccio cubria las paredes de sus frescos. En fin, la prosperidad pública caminaba con paso igual con el progreso de las artes, que venian y hacian de la Toscana, colocada entre la Lombardía, los Estados de la Iglesia y la república veneciana, el pais, no sólo el mas poderoso, sino tambien el mas feliz de la Italia.

Habia nacido Cosme con riquezas inmen-